



dad de la razón y de la ilimitada crueldad del ser humano: hoy se vive en Darfur un nuevo genocidio.

En las páginas en blanco de las galletas consideré que sería adecuado iniciar este prólogo utilizando una pregunta: “¿Por qué escribe una niña que sabe que va a morir?”. Renglones adelante pensé que serían mejor opción las palabras siguientes: “Darle voz a la memoria histórica, a la que narra injusticias, a la que habla de dolor y de pérdidas, a la que le devuelve a las personas la posibilidad de retomar su condición de seres humanos, es obligación de quienes tenemos el privilegio de hablar”. Consideré también que la frase que abre *El cuaderno de Rutka*, “Me gustaría verter en el papel el desconcierto que llevo dentro...”, sería *ad hoc* para enfrentarme con el diario y con los significados de la memoria.

Incapaz de decidir, mezclo las tres ideas, las cuales finalmente confluyen y suman. Las niñas y los niños cuyas vidas se encuentran amenazadas por otras vidas escriben porque las palabras son refugio, porque son consuelo frente a la incertidumbre y el dolor (“Desde entonces, a una hora incierta, / esa pena retorna”, dice Primo Levi en su poema “El superviviente”). Lo hacen porque ante la inexpugnable realidad, el único remedio para atemperar la inevitable caída es lo que dicen

y lo que callan las palabras. Escriben porque saben que, al lado de Dios, la humanidad es responsable del mutismo, y porque intuyen que otros niños se han encargado de darle voz a la historia y papel a la memoria. Lo hacen por un impulso vital cuya génesis no es trascender; escribir es una forma de gritar y gritar es una forma de dignificar la vida e impedir que el olvido sepulse la memoria.

Escriben para paliar el desconcierto que corroe las entrañas; lo hacen porque sus reclamos no encuentran ni mirada ni escucha ni espacio ni brazos ni casa donde expresar su desasosiego. Cogen la pluma para intimidar “a ese alguien” que existe pero que se esconde, que vive pero que calla. Escriben en un intento de reconstruir “a ese alguien” desdibujado y ausente; lo hacen para darle cuerpo a la esperanza y voz a la urgencia de significar la palabra *vida* aunque la muerte programada sea destino mediato. Rutka escribió y se escribió para confirmar que los nazis encarnaban el afán humano de sepultar humanos. Es probable que Emmanuel Lévinas, quien hablaba de “resistir a la barbarie”, hubiese aplaudido *El cuaderno de Rutka*, ya que su ideario confluye con las palabras de la joven. Resistir a la barbarie es vindicar la lucha contra las atrocidades producidas por verdugos

y cómplices, para menguar la injusticia, el egoísmo, la inconsciencia y la indiferencia.

Rutka Laskier tenía catorce años cuando escribió sus últimas páginas, que quizá fueron también las primeras. Lo hizo sin esconderse. Las garras del nazismo abarcaban todo. El destino estaba frente a ellos y ellos eran parte de ese destino que los engulló. La vida había sido quemada. Imposible huir: “[...] lloro la falta de libertad”. Difícil no saberse impotente: “Estoy asqueada, harta de estas caras grises y del miedo continuo en el rostro de todo el mundo. Los tentáculos de ese miedo nos envuelven a todos y no dejan respirar. Ese pánico atenaza a todos y no les permite ser ellos mismos”. Inútil sepultar la palabra esperanza: “Intento desechar esos pensamientos sobre el futuro, pero me acosan pesados como moscas. Si sólo pudiese decir ‘se acabó’, se muere una vez..., pero no puedo porque, a pesar de todas esas atrocidades, quiero vivir y espero el día siguiente”.

¿Y qué decir de la mirada virgen, de la mirada que sabe que mañana no llegará porque la carne de los otros es la de uno y la muerte ajena es la propia? “De pronto, se oye un grito. Un anciano ha caído al suelo empujado por un oficial de policía y se ha golpeado en la cabeza con la calzada. La





experimentado nada similar hasta ahora." "Desearía volar hasta llegar a lugares donde no hubiese guetos ni talleres ni persecuciones de judíos." "Sí, Janek, me he enamorado de ti, pero he cometido un error imperdonable: me enamoré de ti en tu ausencia." "Vi, con mis propios ojos, cómo un soldado arrancaba a un bebé de las manos de la madre y le abría la cabeza a golpes contra un poste de electricidad. Los sesos de la criatura salpicaron la madera. La madre enloqueció." *El cuaderno de Rutka*, el cuaderno de la joven judía y polaca, no judía o polaca, escrito desde la tierra de sus antepasados, desde las casas y los cementerios de los Laskier, está preñado por la asfixiante dualidad de la muerte como destino inescapable y de la esperanza como deseo de vida.

Entre la primera y la última anotación del diario transcurrieron poco más de tres meses. En ese tiempo sus líneas dan cuenta del infortunio de la judería polaca. En esas páginas Rutka es víctima y testigo; para contextualizar los significados del genocidio judío, y de las masacres y genocidios en Armenia, Camboya, Ruanda, Sarajevo o Darfur es imprescindible escuchar a los testigos. Su voz es crucial: vincula realidad y verdad. En *Kaddish por el hijo no nacido*, Imre Kertész, testigo del

Holocausto, dice: "Descubrí que escribir sobre la vida equivale a pensar sobre ella, que pensar sobre la vida equivale a cuestionarla, y que sólo cuestiona su propio elemento vital aquel a quien este elemento asfixia o quien de alguna manera se mueve en él de un modo contrario a la naturaleza. Descubrí que no escribo para buscar la alegría sino todo lo contrario: que por medio de la escritura busco el dolor, el dolor más intenso, casi insoponible, seguramente porque la verdad es dolor, y la respuesta a la pregunta sobre qué es el dolor, escribí, es muy sencilla: la verdad es lo que consume, escribí".

En *Shoah*, la película de Claude Lanzman, hay una escena donde un superviviente señala un área del bosque y dice: "Aquí estaba la cámara de gas". Él la ve, nosotros no la vemos, él la vivió, nosotros no sabemos nada de ella, él recuerda y se convierte en testigo, nosotros escuchamos. Los testigos develan lo que la historia calla. Sus testimonios deberían servir para impedir que la historia se repita. Sus voces deberían contrarrestar las fuerzas que proponen fomentar el olvido.

Los genocidios continúan reproduciéndose por muchas razones. Una es que el mal crece sin cesar. Otra es la ineficacia de los modelos educativos

que no han logrado transmitir ni la trascendencia de la memoria ni la crueldad de las masacres. Crear una escuela que no sólo abarque la memoria sino que enseñe los significados de la memoria moral es urgente. *El cuaderno de Rutka* invita a pensar en la memoria moral y a considerar a los otros como iguales. Invita también a reflexionar acerca de la imposibilidad de hablar de dignidad personal sin pensar en la dignidad del prójimo. La Rutka de ayer sigue abriéndose hoy como una galera siempre inconclusa: sus páginas son ríos desbordados que siguen saliendo de sus lechos porque la barbarie humana no tiene fin.

El binomio conformado por memoria moral y dignidad es una de las posibles vías para impedir que la bestialidad de nuestra especie siga diseminándose. Leer a los testigos, a quienes experimentaron en sus cuerpos y en los de sus seres queridos el mal, es, quizá, la mejor forma de detener la deshumanización *in crescendo* que amenaza y que mata sin cesar.

Recordar a las Rutkas abre las puertas para trazar con otros materiales los peldaños de una construcción ética donde los ladrillos sean dignidad, moral, justicia, y la responsabilidad absoluta hacia los otros sea materia humana y no divina. ~

